

TOMAR LA INICIATIVA COMO ANCIANOS Y HERMANOS RESPONSABLES

(Viernes: primera sesión de la mañana)

Mensaje uno

Tomar la iniciativa de ser modelos y de amar al Señor con el primer amor

Lectura bíblica: Jn. 6:57; 1 Ti. 1:16; 4:12; 1 Ts. 1:5-7;
Ap. 2:4-5; Ef. 6:24; Sal. 110:3; 22:3

I. Debemos tomar la iniciativa de ser modelos como ancianos y hermanos responsables:

- A. El Señor Jesús fue un modelo de alguien que disfrutó al Padre como la gracia más rica y el amor más dulce, a fin de vivir por causa del Padre para la gloria del Padre—Jn. 6:57; Is. 7:14-15; Jn. 5:19; 4:34; 17:4; 14:10, 24; 5:30; 7:18; Lc. 22:27; Mt. 20:26-28.
- B. El Señor Jesús nos encargó que aprendiéramos de Él, tomándolo como nuestro modelo en la manera en que Él fue constreñido por la voluntad del Padre y abundó en la obra de llevar a cabo la voluntad del Padre—11:28-30; cfr. Ef. 4:20-21; 1 Co. 15:58.
- C. Pablo fue para los creyentes un modelo de alguien que vivió a Cristo para magnificarlo mediante la abundante administración del Espíritu de Jesucristo por el bien del Cuerpo de Cristo—1 Ti. 1:16; Fil. 1:19-21a.
- D. Pablo le encargó a Timoteo que fuese un modelo para los creyentes en palabra, conducta, amor, fe y pureza—1 Ti. 4:12.
- E. Pablo dijo que debíamos ser imitadores de Dios como hijos amados—Ef. 5:1; Mt. 5:48.
- F. Pablo dijo que debíamos ser imitadores de él, así como él de Cristo—1 Co. 11:1; 4:16; 1 Ts. 1:5-6; 2 Ts. 3:9; Fil. 3:17.
- G. Los tesalonicenses llegaron a ser un modelo para los demás creyentes e imitadores de las iglesias de Dios—1 Ts. 1:7; 2:14.
- H. Pedro dijo que Cristo se dejó a Sí mismo como un modelo para que nosotros sigamos Sus pisadas y así llegar a ser Su reproducción—1 P. 2:21.
- I. Juan dijo que “como Él es, así somos nosotros en este mundo”; esto se refiere a Cristo, quien llevó en este mundo una vida en la cual Dios se manifestaba como amor, y quien ahora es nuestra vida para que nosotros llevemos la misma vida de amor en este mundo y ser como Él—1 Jn. 4:17; cfr. 3:3, 7.

II. Amar al Señor con el primer amor, el mejor amor, es darle al Señor la preeminencia, el primer lugar, en todas las cosas, siendo constreñidos por Su amor para tenerlo en alta estima y tomarlo como el todo en nuestra vida—Ap. 2:4; Col. 1:18b; 2 Co. 5:14-15; Mr. 12:30; Sal. 73:25-26; 80:17-19:

- A. El amor hacia el Señor surge en cada uno de nosotros cuando recibimos una visión de Su persona; dejar el primer amor hacia el Señor es la causa y la razón principal del fracaso de la iglesia a través de los siglos; aparte del amor, ninguna otra cosa puede ayudarnos a conservar una relación apropiada con el Señor—Fil. 3:8; Mt. 26:6-13; Ef. 3:16-19; 6:24; Ap. 2:4-5; cfr. 3:20.

- B. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es la manera en que nos arrepentimos y hacemos las primeras obras; las primeras obras son las obras que emanan del primer amor—2:5; 1 Ts. 1:3; 2 Co. 4:5:
1. En El Cantar de los Cantares vemos que el estandarte que el Señor extiende sobre nosotros es amor, lo cual significa que el amor es nuestro lema y que todo lo que hacemos se basa en nuestro amor por el Señor; la buscadora en El Cantar de los Cantares también está “enferma de amor”, lo cual significa que ella está gozosa en el Señor, quien es este amor, al grado de quedar exhausta—2:4-5.
 2. El amor de Dios en Cristo es un estandarte que se extiende sobre nosotros, manifestando, exhibiendo, que nosotros, quienes somos amados por Dios, somos continuamente más que vencedores—Ro. 8:31-39.
 3. Tendremos un amor que todo lo conquista siempre y cuando vivamos en Su amor.
 4. Si hemos dejado nuestro primer amor por el Señor y no nos arrepentimos ni hacemos las primeras obras, perderemos el testimonio del Señor, y el candelero será quitado de en medio nuestro.
- C. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tener una relación personal, afectuosa, privada y espiritual con el Señor—Cnt. 1:1-4.
- D. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es llevar una vida diaria de avivamiento matutino a fin de poder satisfacer a Cristo por ser jóvenes Suyos que son como el rocío desde el seno de la aurora (Sal. 110:3), de tal modo que podamos tener lengua de discípulo para saber sostener con una palabra al fatigado (Is. 50:4-5) y tener comunión con Dios, buscando Su voluntad y Su beneplácito con miras a Su servicio en el evangelio (Mr. 1:35).
- E. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es llevar una vida diaria de consagración, en la que lleguemos a ser los nazareos de hoy, los cuales son completamente apartados para Dios y saturados de Dios a fin de bendecir a los hijos de Dios al impartirles a Dios en Su Trinidad Divina—Sal. 110:3; Nm. 6:1-9, 22-27.
- F. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es llevar una vida de oración—1 S. 12:23; Mt. 6:6; 14:22-23; Dn. 6:10; 2:17-18; 1 Ti. 2:1; 2 Ti. 1:3; 1 Ts. 5:17.
- G. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es amar la palabra de Dios, valorarla como nuestro tesoro y reflexionar sobre ella—Sal. 119:11, 14-15, 23, 48, 72, 78, 97, 99, 111, 113, 119, 127, 140, 147-148, 159, 162-163, 165, 167.
- H. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es ser gobernados de manera directa y de primera mano por la presencia del Señor—Éx. 33:11, 14; 13:21-22; 2 Co. 2:10.
- I. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es amar la iglesia en el Cristo que ama a la iglesia—Ef. 5:25; 2 Co. 12:15; 1 Co. 16:24.
- J. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es amar el ministerio que edifica la iglesia—2 Co. 8:5; 1 Jn. 1:3; Ef. 4:11-12.

- K. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es vivir y andar por el Espíritu, servir por el Espíritu y ministrar al Espíritu—Gá. 5:25; Fil. 3:3; 2 Co. 3:6; Zac. 4:6; Jue. 9:9; cfr. 1 S. 2:30b.
- L. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tomar al Señor como la fuente de aguas vivas; la intención de Dios en Su economía es ser la fuente, el origen, de las aguas vivas, a fin de impartirse en Sus escogidos para la satisfacción y disfrute de ellos, con miras a producir la iglesia, el complemento de Dios, que es el aumento de Dios, Su agrandamiento, para que ésta llegue a ser la plenitud de Dios con miras a que Él sea expresado—Jer. 2:13; Jn. 4:14b.
- M. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es comerlo a Él, quien es el árbol de la vida; comer de Cristo como árbol de la vida, es decir, disfrutar a Cristo como nuestro suministro de vida, debe ser el componente más importante de nuestra vida de iglesia—Ap. 2:7.
- N. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es acercarnos a Él continuamente para contactarlo, tomarlo, recibirlo, gustar de Él y disfrutarlo—Is. 57:20, nota 1.
- O. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tomarlo como nuestra centralidad —nuestro centro que mantiene todo unido— y como nuestra universalidad, nuestro todo; debemos tomarlo a Él como el centro, el contenido y la circunferencia de nuestro universo personal—Col. 1:17b, 18b.
- P. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tener la aspiración y el empeño de conseguir el honor de serle agradables en todo—2 Co. 5:9; Col. 1:10; He. 11:5-6.
- Q. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es tener un cielo despejado a manera de cristal maravilloso sobre el cual está el trono de zafiro de Dios; esto significa que no hay ningún estorbo entre nosotros y el Señor, y que estamos llenos de la atmósfera, condición y situación celestiales de Su presencia reinante, permitiendo que Él gobierne y reine en nuestro interior—Ez. 1:22, 26.
- R. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es asirnos de Él, tomándolo como la Cabeza, permaneciendo íntimamente vinculados a Él y entronizándolo como Aquel que reina sobre nuestra vida y toma todas las decisiones en ella—Col. 2:19.
- S. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es pedir el consejo de Jehová en cada detalle de nuestra vida y obra cristiana—Jos. 9:14; Fil. 4:6-7.
- T. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es dar la preeminencia en todo cuanto somos y hacemos al fluir de vida, es decir, al fluir del Señor Jesús en nuestro interior; entonces Él será en nosotros Aquel que resplandece, redime, reina, fluye e imparte el suministro—Ez. 47:1; Ap. 22:1-2.
- U. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es ser dominados, gobernados, dirigidos, guiados y movidos por nuestro espíritu mezclado, preocupándonos por el reposo en nuestro espíritu al ser cautivos

Suyos y al orar: “Señor, hazme un cautivo Tuyo; no me dejes ganar jamás. Derrótame continuamente”—2 Co. 2:13-14.

- V. Amar al Señor con el primer amor, darle el primer lugar en todas las cosas, es entronizarlo con nuestras alabanzas; la alabanza constituye la obra más sublime que los hijos de Dios pueden llevar a cabo—Sal. 22:3; 119:164; 34:1.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

VENCER EL ABANDONO DEL PRIMER AMOR

Debo dar testimonio de que amo al Señor. Recibí al Señor hace sesenta y siete años, en 1925. Después de todos esos años, siento que el Señor sigue estando tan cercano a mí y que yo estoy muy cerca de Él. No me interesa ninguna religión. Me interesa esta persona querida y viviente. Siempre que menciono Su nombre, soy feliz. Cuando despertemos en la mañana, la primera cosa que debemos decir es: “Oh, Señor Jesús. Oh, Señor Jesús”. Y es mejor agregar: “Te amo”. Debemos decir: “Oh, Señor Jesús, te amo. Oh, Señor Jesús, te amo”. ¡Qué íntimo, qué dulce, y qué cariñoso es esto!

Nuestro Dios, nuestro Cristo, nuestro Señor, no sólo es amoroso, sino también muy cariñoso. Él está lleno de afecto. Dios se ha “enamorado” de nosotros, Su pueblo escogido y redimido. Si usted dice: “Oh, Señor Jesús, te amo”, inmediatamente se enamorará de Él. A menudo no hago ciertas cosas, no meramente porque no estén bien, ni porque tenga temor de Dios, sino porque lo amo. Me gusta decir: “Señor Jesús, te amo, por eso no puedo hacer aquello”. Simplemente no puedo hacer ciertas cosas porque lo amo.

Necesitamos vencer la pérdida del primer amor. La iglesia en Éfeso era una buena iglesia. Era una iglesia ordenada y formal (Ap. 2:2-3). Indudablemente nos gustaría tal iglesia; no obstante, esta iglesia ordenada había dejado su primer amor (v. 4). La palabra griega que se traduce “primer” es la misma que se traduce “mejor” en Lucas 15:22. Nuestro primer amor por el Señor debe ser el mejor amor. Cuando el hijo pródigo, en Lucas 15, regresó a casa, el padre dijo a sus siervos que trajeran el *mejor* vestido. Aquí, *mejor* significa el primero.

Consideremos ahora qué es el primer amor. Muchos cristianos piensan que el primer amor es el amor con el cual amamos al Señor Jesús cuando recién fuimos salvos. No digo que esto sea incorrecto, pero sí que no es suficiente. El primer amor, el mejor amor, es mucho más que eso.

El primer amor es el amor que es Dios mismo. La Biblia nos dice que Dios es amor (1 Jn. 4:8, 16). En todo el universo, sólo Dios es amor. El Señor exhorta a los esposos a que amen a sus esposas. Sin embargo, es imposible que los esposos amen a sus esposas en sí mismos ya que nosotros no somos amor. Sólo existe una persona que es amor: Dios.

Dios no sólo es el mejor, sino también el primero. En todo el universo, Dios es primero. Génesis 1:1 dice: “En el principio [...] Dios...”. Ésta es la manera en que comienza la Biblia. Dios es el principio; Él es el primero. Colosenses nos dice que nuestro Cristo debe tener el primer lugar. Él debe tener la preeminencia (1:18b). Cristo debe ser el primero. ¿Qué significa recobrar el primer amor? Recobrar el primer amor es considerar al Señor Jesús como el primero en todo. Si dejamos que Cristo sea el todo en nuestra vida, habremos vencido la pérdida del primer amor.

Necesitamos considerar nuestra situación. ¿Es Cristo lo primero en todo para nosotros? El primer asunto que tenemos que vencer es haber perdido a Cristo como el primero, como el mejor y verdadero amor. El error de Israel fue que ellos abandonaron a Dios, la fuente de aguas

vivas, y la degradación de la iglesia es el abandono del primer amor. En realidad, dejar el primer amor es dejar a Cristo, no tomándole como el primero en todas las cosas.

Cristo debe ser el primero no sólo en las cosas grandes, sino también en las cosas pequeñas. Cuando los hermanos comprenden una corbata, deben dar a Cristo el primer lugar. Si yo usara cierta clase de corbata que tuviera un estilo muy mundano, no podría hablar por el Señor en mi ministerio. Incluso por causa de mi conciencia, no puedo usar ciertos tipos de corbatas. Las hermanas deben dar a Cristo el primer lugar en la manera de peinar su cabello. Si las hermanas le dan a Cristo la preeminencia en la manera en que ellas se peinan, esto quiere decir que están tomándolo a Él como el primer amor. Las hermanas que tienen un estilo mundano en su cabello no tienen a Cristo como su primer amor. Ellas no le están dando a Él la preeminencia. Debemos darle a Cristo la preeminencia en la manera en que nos vestimos y en la manera en que nos peinamos. Cuando le damos a Cristo la preeminencia en todas las cosas, recobramos el primer amor.

Algunos piensan que el primer amor fue el amor que teníamos por el Señor al principio de nuestra vida cristiana, cuando recién fuimos salvos. Sin embargo, cuando yo fui salvo, aunque estaba muy agradecido con el Señor, no tenía un corazón firme para amar a Cristo como lo amo hoy. Hace sesenta y siete años, fui salvo y amé al Señor Jesús, pero no tanto como lo amo hoy. Así que, el primer amor debe ser tener a Dios, quien es Cristo, el Señor, nuestro Amo, como el primero en todas las cosas.

A veces, cuando me estoy vistiendo, converso con el Señor y le digo: “Señor, ¿te gusta esta camisa? ¿Te gusta este par de zapatos?”. Tal conversación es muy íntima con el Señor como el primer amor. Recobrar el primer amor es darle a Él la preeminencia en las cosas grandes así como en las cosas pequeñas. Los esposos deben dar a Cristo la preeminencia en la manera en que hablan a sus esposas. Necesitamos pedirle perdón al Señor por todas las cosas en las cuales no le damos la preeminencia.

Si amamos al Señor Jesús de tal manera y a tal grado, nunca estaremos en ninguno de los tres “ismos” y nunca permaneceremos en ninguna religión. Amaremos a todos los cristianos, pero aborreceremos cualquier “ismo”. Debemos amar a todos los cristianos, pero debemos aborrecer las religiones en las que ellos están. Ya que el Señor aborrece los “ismos”, también nosotros debemos aborrecerlos. Debemos aborrecer lo que el Señor aborrece (cfr. Ap. 2:6).

El Señor dijo que dejaran que el trigo y la cizaña crecieran juntos hasta el día de la cosecha. Después, cuando Él regrese, la primera cosa que Él hará será enviar a los ángeles para atar la cizaña en manojos y arrojarla al lago de fuego. Los hijos del reino, el trigo, constituyen el reino, mientras que los hijos del maligno, la cizaña, han formado la apariencia externa del reino, que es la cristiandad de hoy. El Señor aborrece esta apariencia, por lo tanto nosotros debemos vencerla.

También debemos vencer en asuntos tales como la clase de corbatas que usamos, en la manera en que nos peinamos y en todas las cosas pequeñas. Debemos darle a Cristo la preeminencia en todas las cosas. Si hacemos esto, nuestra vida cristiana será diferente, y nuestro sentir será diferente. A lo largo del día, estaremos contentos en el Señor. Cuando estamos contentos en el Señor y con Él, todo es placentero. Por otro lado, cuando no estamos gozosos en el Señor y con el Señor, todo nos es molesto. El disfrute del Señor como gracia lo tienen aquellos que lo aman (Ef. 6:24). Así que, la primera cosa que tenemos que vencer es el abandono de nuestro primer amor. Abandonar el primer amor es la causa y la razón principal del fracaso de la iglesia durante todas las edades.

CONTINUAR COMIENDO A CRISTO COMO EL ÁRBOL DE LA VIDA

En una iglesia tan buena, tan ordenada y tan formal como la iglesia en Éfeso, necesitamos primero vencer la pérdida de nuestro primer amor. La segunda cosa que necesitamos es seguir comiendo a Cristo como el árbol de la vida. En la carta a los efesios el Señor dice: “Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en el Paraíso de Dios” (Ap. 2:7b).

El Señor Jesús nos mandó que venciéramos el abandono del primer amor y que siguiéramos comiendo a Cristo como el árbol de la vida. Si le damos la preeminencia a Cristo en todas las cosas y le disfrutamos cada día como el árbol de la vida, seremos unos cristianos vencedores maravillosos. Cuando disfrutamos a Cristo como el árbol de la vida, tenemos el Paraíso de Dios. En Génesis, en el huerto de Edén, vemos por primera vez el árbol de la vida. El huerto de Edén era el Paraíso de Dios en ese tiempo. Hoy nuestro paraíso es la vida de iglesia.

He estado en la vida de iglesia por sesenta años, desde el año 1932, por lo tanto tengo mucha experiencia en la vida de iglesia. Si usted no le da la preeminencia al Señor ni le disfruta, aunque sea por un mes, la vida de iglesia se le convertirá en un lugar desagradable. Por supuesto, es posible que usted no lo diga, pero dentro de usted pensará que no hay nada bueno en la vida de iglesia. Entonces la iglesia ya no será un paraíso para usted. Pero cuando venza la pérdida del primer amor y siga comiendo a Cristo y disfrutando al Señor, inmediatamente la vida de iglesia llegará a ser un paraíso para usted. Así que, nuestro sentir y nuestra actitud hacia la iglesia dependen de nuestra situación. Si le damos al Señor la preeminencia en todas las cosas y le disfrutamos como el árbol de la vida durante todo el día, inmediatamente la iglesia, no importa cuál sea su condición, llegará a ser un paraíso para nosotros. Ésta es la razón por la cual el Señor dice que tenemos que comer del árbol de la vida, el cual está en el Paraíso de Dios.

Por supuesto, el Paraíso de Dios en Apocalipsis 2:7 realmente se refiere a la Nueva Jerusalén en el reino milenario. Si disfrutamos al Señor en esta era, seremos recompensados con el árbol de la vida, que es Cristo mismo, en la Nueva Jerusalén, el Paraíso de Dios en el reino milenario. Necesitamos permanecer en el disfrute del suministro de vida de Cristo en la vida de iglesia actual para que seamos recompensados con el disfrute de Cristo como el árbol de la vida en el Paraíso de Dios, la Nueva Jerusalén, en el reino milenario. En la Nueva Jerusalén en su frescura como Paraíso de Dios, participaremos del pleno disfrute del rico suministro de la vida de Cristo, quien es la corporificación del Dios Triuno procesado y consumado.

RESPLANDECER CON LA LUZ DIVINA COMO CANDELERO

Necesitamos vencer el abandono del primer amor, necesitamos seguir comiendo de Cristo como el árbol de la vida, y necesitamos resplandecer con la luz divina como candelero (2:5b). El amor está relacionado con la vida, y la vida está relacionada con la luz. El amor, la vida y la luz son una trinidad. Si usted permite que Cristo sea el primero en todo, usted tendrá amor. Si usted tiene este amor, tendrá vida y disfrutará al Señor. Y si usted tiene vida, esta vida llegará a ser luz para usted. La luz del candelero, la iglesia, resplandece de una manera corporativa en vez de una manera individual en la noche oscura de la era de la iglesia.

MANTENER EL TESTIMONIO DE JESÚS COMO EL RESPLANDOR DEL CANDELERO EN LAS RESPECTIVAS LOCALIDADES

Si disfrutamos a Cristo como nuestro amor, nuestra vida y nuestra luz, guardaremos el testimonio de Jesús como el resplandor del candelero en nuestra localidad (12:17b). Testificaremos de la persona de Cristo como Dios y como hombre y de Su vivir humano, Su

crucifixión, Su resurrección, Su ascensión, Su descenso y Su segunda venida. El resplandor de la luz es un testimonio. En cada aspecto de nuestra vida diaria, debemos irradiar a Cristo. Este resplandor es el brillo del candelero.

Necesitamos recordar estas cuatro palabras: amor, vida, luz y candelero. La primera de estas cuatro es el amor. Debemos dar al Señor Jesús la preeminencia en todo aspecto y en todas las cosas a fin de recobrar el primer amor. Luego, le disfrutaremos como el árbol de la vida, y esta vida inmediatamente llegará a ser la luz de vida (Jn. 8:12). Entonces, brillaremos en nuestra vida diaria personal y corporativamente como el candelero. De no ser así, el candelero será quitado de nosotros individualmente y de la iglesia corporativamente. El Señor le aconsejó a la iglesia en Éfeso que se arrepintiera y que recobrara su primer amor para el disfrute de Él. De otro modo, el candelero sería quitado de ellos. Necesitamos el amor, la vida, la luz y el candelero. Entonces seremos recompensados por el Señor con lo que somos y vivimos en Él.

El principio que tenemos en la Biblia consiste en que nuestra recompensa siempre es lo que somos. Lo que somos llegará a ser nuestra recompensa. Si amamos a otros, nuestro amor por otros será una recompensa para nosotros. Si honramos a nuestros padres, tal honra será una recompensa para nosotros. Si no vivimos a Cristo ni actuamos en Cristo en la vida de iglesia, no tendremos ninguna recompensa en la vida de iglesia. En lugar de eso, debido a que no vivimos a Cristo, nos sentiremos amargados en contra de los ancianos y de todos los santos. Si vivimos a Cristo y nos comportamos según Cristo, este vivir y esta conducta llegarán a ser nuestra recompensa. Entonces seremos felices en la vida de iglesia. Si hoy tomamos a Cristo como lo primero en todo, tendremos amor, le disfrutaremos como vida, resplandeceremos con Él como luz y llegaremos a ser el candelero brillante como el testimonio de Jesús. Finalmente, esto llegará a ser nuestra recompensa no sólo en esta era, sino también en la era venidera. En el reino milenario disfrutaremos a Cristo como nuestra recompensa en el Paraíso de Dios. (*Los vencedores*, págs. 33-38)

AMAR AL SEÑOR

A fin de implementar la manera ordenada por Dios, la manera bíblica, la nueva manera, todos necesitamos, por sobre todo amar al Señor. En Juan 21 el Señor le preguntó a Pedro si lo amaba. Pedro le dijo al Señor: “Tú sabes que te amo”. Entonces el Señor le respondió: “Apacienta Mis corderos” y “Apacienta Mis ovejas” (vs. 15, 17). No simplemente hablamos para edificar a otros espiritualmente o para enseñar, sino también para apacentar los corderos y pastorear las ovejas. Si hemos de alimentar las ovejas del Señor, tenemos que hablar. Si no hablamos, ¿cómo podremos alimentar a cualquier cristiano? A fin de apacentar las ovejas del Señor, debemos amarlo a Él. Debemos decirle: “Señor, te amo; por eso deseo proclamarte a los demás”. Cuanto más le amemos, más seremos capacitados, equipados e incluso perfeccionados para hablar por Él.

Según las Escrituras, las hermanas son vasos más frágiles en conformidad con su naturaleza por nacimiento (1 P. 3:7). Esto es conforme a la creación de Dios. Pero en tanto que ellas amen al Señor, hablarán. Yo nací en el cristianismo, y aunque fui criado en ese entorno por diecinueve años no recibí al Señor como mi Salvador. No obstante, un día cierta joven vino a mi ciudad natal. Yo tenía diecinueve años, y ella, veinticinco. Esto ocurrió hace más de sesenta años en la conservadora China continental. El que una joven se dirigiera a mil personas era un acontecimiento único y excepcional. Aunque yo había asistido frecuentemente a reuniones cristianas, fui a esa reunión con mucha curiosidad para escucharla hablar. En toda mi vida, incluso hasta el día de hoy, nunca he escuchado a una persona hablar con tanta autoridad.

Esta joven estaba de pie sobre una plataforma en un salón de reunión que estaba repleto con un número aproximado de mil personas. A medida que la escuchaba, se fue toda mi curiosidad; cada palabra que hablaba me cautivó, y fui plenamente convencido. Yo era un joven que había crecido en el cristianismo, pero ese día fui convencido y cautivado por el Señor. Después de la reunión, mientras caminaba a casa, oré y le entregué toda mi vida al Señor.

Esa joven, que sólo tenía veinticinco años, amaba al Señor a lo sumo. Ésa era su motivación. Su amor por el Señor era el factor, el elemento y la esencia básica de que tuviera tanto poder. El mensaje que dio se basaba en el libro de Éxodo. Ella dijo a la audiencia que Egipto tipificaba al mundo y que todas las personas mundanas estaban bajo la tiranía de Satanás, así como los hijos de Israel estaban bajo la tiranía de faraón. Dijo además que teníamos que ser liberados de esta tiranía y que esto haría posible nuestro éxodo. Cuando escuché estas palabras casi al comienzo de su mensaje, me dije a mí mismo que no estaría más bajo la tiranía de Satanás. Debido a que esta joven amaba tanto al Señor, ella poseía la autoridad del Señor, y su predicación del evangelio tenía tanto impacto.

Si amamos al Señor, ciertamente seremos llenos de Él. Todo lo que nos llene interiormente, eso es lo que saldrá de nosotros. Lo que desborda de uno proviene de lo que llena su interior. Si amamos al Señor, Él nos llenará. Desde aquel día en 1925 cuando le entregué mi vida al Señor, amaba estudiar la Biblia y hablar a las personas acerca de Jesús. Debido a que estaba lleno del Señor Jesús, quería hablar de Él. Si somos llenos del Señor Jesús, ciertamente tendremos algo que derramar. Si las hermanas aman al Señor, ellas no podrán evitar proclamar al Señor. Si amamos al Señor a lo sumo, debemos hablar. Debemos liberar a Aquel que nos ha llenado interiormente. (*Speaking Christ for the Building Up of the Body of Christ* [Hablar Cristo para la edificación del Cuerpo de Cristo], págs. 33-34)